

Con el corazón algo aliviado, Vinicio se encaminó hacia la cárcel; en el fondo de su alma, á decir verdad, aún quedaban huellas de la primera desesperación, pero hacía todo lo posible por ahogar su voz. Le parecía imposible que la súplica del representante de Cristo no hubiese de ser atendida. No quería pensar en nada más. «Quiero creer en su misericordia, se decía, aunque me vea obligado á ver á Licia entre las garras de los leones.» Y se esforzaba en creer, aunque su alma vacilaba y un frío sudor le bañaba las sienes. Sin embargo, no cesaba de orar. Convencido como estaba de que la fe podía obrar milagros, reconocía en sí mismo una fuerza jamás sentida hasta entonces, que le hubiera impulsado á intentar algo que el día antes parecía imposible á sus ojos. Había momentos en que le parecía que había cesado todo peligro. Cuantas veces la desesperación amenazaba apoderarse de él, retrocedía con el pensamiento á aquella noche y recordaba al viejo extático en su plegaria. «¡No, Cristo no será sordo á la voz de su primer discípulo, pastor de toda su grey! ¡Quiero creer!» Y corrió hacia la cárcel, ansioso de llevar allí la noticia.

Pero le esperaba una sorpresa.

Los pretorianos á quienes correspondía la guardia de la cárcel Mamertina le conocían y no oponían nunca ningún obstáculo á su paso. Pero aquel día sus filas no se abrieron ante él, y adelantándose un centurión, le dijo:

— ¡Perdona, noble tribuno! Hoy hemos recibido la orden terminante de no dejar pasar á nadie, sea quien sea el que lo pretenda.

— ¿La orden?, repitió Vinicio palideciendo.

El soldado le miró con expresión de piedad y prosiguió:

— Sí, señor; una orden del César. Hallándose en la cárcel muchos enfermos, tal vez se tema que los visitantes puedan luego difundir la enfermedad por la capital.

— ¿Pero decías que la orden sólo se refiere á hoy?..

— La guardia se releva al mediodía.

Vinicio se descubrió la cabeza; le parecía que el *píleo* (1) se le había vuelto de plomo.

El centurión se le acercó y le dijo en voz baja:

— No temas, señor; el guardián y Ursus velan por ella.

Diciendo esto, se inclinó, y en menos que se dice trazó con su espada en el suelo la figura de un pez.

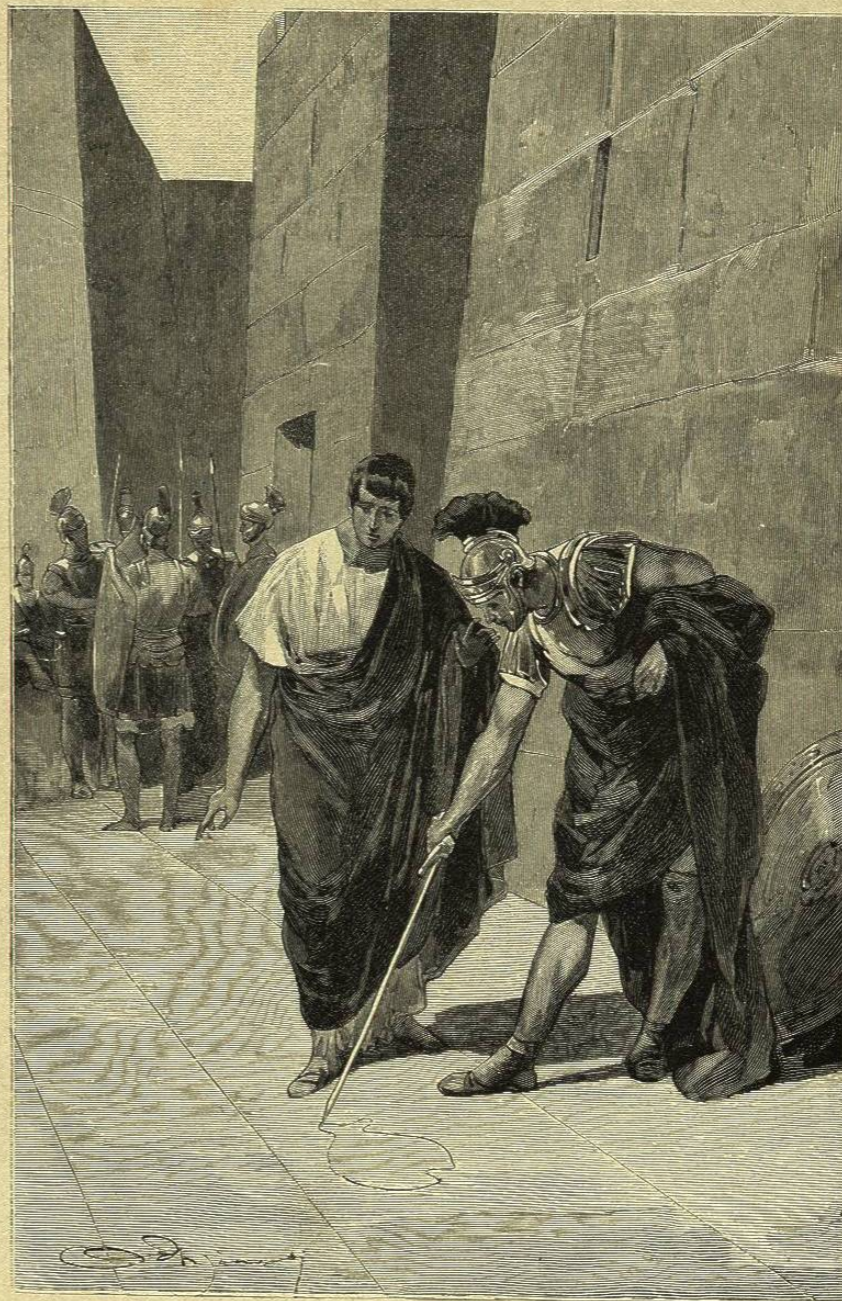
Vinicio le miró asombrado.

— ¿Y eres pretoriano?

— ¡Hasta que me vaya allí!, respondió el soldado, señalando la cárcel.

— También yo adoro á Cristo.

(1) El *píleo* era una especie de sombrero ó gorra que usaban los romanos de condición libre y por esto lo ponían á los esclavos cuando les daban libertad.



Y en menos que se dice trazó con su espada en el suelo la figura de un pez

— ¡Sea alabado su nombre! Desgraciadamente, no me es permitido dejarte entrar; pero si escribes algo, podré enviar tus líneas al guardián.

— ¡Gracias, hermano!

Estrechando la mano al centurión, se alejó. Los primeros rayos del sol iluminaban los muros de la cárcel y parecían infundir nueva esperanza en el corazón de Vinicio. Aquel soldado cristiano le demostraba una vez más el poder de Cristo.

Después de haber caminado un poco, se detuvo, dirigió la vista á unas nubes rosadas que flotaban sobre el Capitolio y sobre el templo de Júpiter Estátor, y dijo

— ¡Hoy no he podido verla, Señor, pero tengo fe en ti!

Cuando llegó á casa, encontró á Petronio que, según costumbre, haciendo del día noche, se había retirado. Tomado el baño y perfumado, se disponía á acostarse.

— ¡Tengo nuevas para ti!, exclamó viendo comparecer al sobrino. Hoy fui á visitar á Tulio Senecio, con quien estaba también César. No sé por qué, Popea había llevado al pequeño Rufo, probablemente para conmovier el corazón de César con la belleza del niño. Por su desgracia, éste tenía sueño y se durmió, mientras Nerón leía; precisamente lo mismo que le sucedió á Vespasiano aquel día. El *Enobarbo* lo observó y tiró un cáliz contra el pobre hijastro, hiriéndole gravemente. Popea se desmayó; pero César, en alta voz para que lo oyeran todos, exclamó: «¡Ya estoy harto de esta mala casta!» Y como sabes muy bien, esto significa muerte.

— ¡El castigo de Dios pende sobre la cabeza de la Augusta!, respondió Vinicio. Pero, ¿por qué me cuentas todo eso?

— Porque la cólera de Popea os persiguió hasta ahora á ti y á Licia. Ahora, comprendiendo su desgracia, renunciará á la venganza y se dejará conmovier más fácilmente. Intentaré hacerlo esta misma noche.

— ¡Gracias, Petronio! ¡Tú me infundes valor!

— Ahora toma también el baño y acuéstate. Tienes los labios amoratados.

— ¿No se ha fijado aún el primer día de los espectáculos?, preguntó Vinicio.

— No se sabrá hasta dentro de diez días. Pero antes serán enviados al Anfiteatro los de las otras cárceles; así ganaremos tiempo y no hay que perder la esperanza.

Pero estaba muy poco convencido de lo que decía. Ya desde el día en que César había contestado á Alituro, evocando la memoria de Bruto, Petronio comprendió que no había esperanza alguna para Licia. Además calló piadosamente que César y Tigelino pensaban escogerse las más hermosas entre las vírgenes cristianas, para deshonrarlas antes de hacerlas morir; las otras estaban destinadas, para el día del espectáculo, á los pretorianos y los custodios de las fieras.

Estando seguro de que Vinicio no podría sobrevivir á Licia, se esforzaba en infundirle siempre nuevas esperanzas, sobre todo por el afecto que le profesaba, pero deseando al mismo tiempo que, si Vinicio debía morir, acaeciese esta desgracia en la plenitud de su belleza, y no ya cuando estuviese extenuado por las vigiliás y la angustia continua.

— Esta noche, dijo Petronio, hablaré á la Augusta en estos términos, sobre poco más ó menos: «Si Vinicio logra salvar á su Licia, yo salvaré á Rufo y buscaré ocasión de cumplir lo que prometo. Una palabra dirigida al *Enobarbo* en un momento oportuno, puede salvar ó condenar.» En la peor de las hipótesis, habremos ganado tiempo.

— ¡Te lo agradezco!, repitió el tribuno.

— Me lo agradecerás mejor después de haber comido y descansado. ¡Por Júpiter! En los momentos más críticos de sus viajes, Ulises no se olvidaba nunca de comer ni de dormir. ¡Naturalmente, tú habrás pasado a noche en la cárcel!

— No; quería ir esta mañana, pero los guardias tienen la orden de no dejar pasar á nadie. Averigua si esta disposición se ha dictado sólo para hoy ó para todos estos días.

— Me enteraré hoy mismo y te lo comunicaré en seguida. Pero ahora tengo necesidad de dormir á toda costa y tú debes seguir mi ejemplo.

Y se separaron. Vinicio entró en la biblioteca y escribió á Licia, entregando luego personalmente la misiva al centurión, quien se apresuró á llevarla á la cárcel, de donde salió luego con un saludo de Licia y la promesa de una pronta contestación aquel mismo día.

Por este motivo, Vinicio, en lugar de retirarse, se sentó sobre una piedra, con el ansia de quien espera. El sol lucía ya sus galas en lo alto, la gente se dirigía en grandes y continuos grupos hacia el Foro, pasando por el *Clivus Argentarius*. Los vendedores pregonaban sus mercancías, los adivinos ofrecían á los transeúntes sus servicios, los ciudadanos acudían á los rostros á oír á algún orador y cambiar impresiones sobre alguna novedad del día. Aumentando el calor, los grupos de ociosos se reunían bajo los pórticos de los templos, dispersando á los palomos, cuyas blancas plumas centelleaban á la luz del sol cuando, batiendo las alas, huían veloces.

El calor, el murmullo y el cansancio adormecieron á Vinicio, á quien el vocerío monótono de los jugadores de morra y el paso cadencioso de los guardias hicieron conciliar muy pronto el sueño, aunque él procuraba combatirlo, mirando fijamente los muros de la cárcel; por último, tuvo que ceder inexorablemente, y apoyada la cabeza sobre las piedras, suspirando afanosamente como un niño después de largo llanto, se durmió.

Y en seguida empezaron los sueños. Le pareció que huía llevando á su Licia en brazos, á través de una viña desconocida. Delante Pomponia, con una lámpara en la mano, les alumbraba el camino. Una voz, quizá la de Petronio, le gritaba desde muy lejos: «¡Vuelve atrás!» Pero él, sin hacer caso de aquellas palabras, seguía á Pomponia hasta una cabaña, en cuyo umbral aparecía la figura del apóstol Pedro. Señalándole su preciosa carga, le decía: «Señor, venimos del Anfiteatro y no podemos despertarla.» Y el apóstol respondía: «Cristo mismo la vendrá á despertar.»

Después el sueño cambiaba. Veía á Nerón y á Popea. Ésta tenía entre sus brazos al pequeño Rufo, á quien Petronio vendaba piadosamente la cabeza herida. Veía á Tigelino vertiendo ceniza sobre los ricos manjares que Vitelio engullía con avidez. Al banquete asistían muchos augustianos, y él también se encontraba allí, junto á su Licia; pero á su alrededor daban vueltas leones con las garras ensangrentadas. Licia le suplicaba que los alejase de allí; pero él se sentía tan débil que no podía hacer ningún movimiento.

Más confusamente que las anteriores se le presentaron otras imágenes, hasta que todo cayó en las profundas tinieblas. Finalmente, el mismo calor y el mismo vocerío que le habían adormecido le despertaron de su sueño profundo. Vinicio se restregó los ojos; en las calles pululaba la gente. Dos batidores, con túnicas amarillas, empujaban hacia los lados á la muchedumbre por medio de largos bastones, abriendo paso á una preciosa litera llevada por cuatro robustos egipcios y en la cual iba un hombre envuelto en blancas vestiduras.

No era fácil verle el rostro, porque teniendo muy cerca de los ojos un rollo de papiros, leía atentamente.

— ¡Paso al noble augustiano!, gritaban los batidores.

Pero el transitar por aquella calle era tan difícil que la litera tuvo que pararse. El augustiano entonces, dejando el rollo, sacó la cabeza y gritó:

— ¡Atropellad á la gentuza y adelante!

Después, viendo á Vinicio, retiró apresuradamente la cabeza y se ocultó tras sus papiros. Vinicio se llevó una mano á la frente, para convencerse de que aquello no era un sueño.

En aquel que estaba en la litera había reconocido á Quilón.

Entretanto, quedaba el paso libre y los esclavos egipcios iban á proseguir su camino, cuando el joven tribuno, que comprendió al momento muchas cosas que parecían indescifrables, se acercó á la litera.

— ¡Salud, oh Quilón!, dijo.

— ¡Oh jovenzuelo, respondió el griego con soberbia, esforzándose por demostrar una calma que estaba muy lejos de poseer, salud también á ti! Pero te ruego que no me hagas perder tiempo, porque me espera mi amigo, el noble Tigelino.

Vinicio detuvo enérgicamente la litera, y mirándole con atención, le preguntó en voz baja:

— ¿Fuiste tú quien delató á Licia?

— ¿Qué osas decir?, exclamó Quilón con espanto.

Pero en los ojos de Vinicio no leyó expresión alguna de amenaza, por lo cual su angustia cesó pronto. Sabía que estaba protegido por el César y por el prefecto; protegido, pues, por dos potencias ante las cuales todos temblaban: sabía que estaba rodeado de esclavos fuertes, mientras Vinicio estaba ante él, inerme y sufriendo en la apariencia.

Recobró toda su audacia. Mirando los ojos enrojecidos de Vinicio, murmuró:

— Cuando iba á morir de hambre, me hiciste azotar.

Siguió un silencio; por fin el joven, humillado, respondió:

— ¡Te traté injustamente, Quilón!

El griego hizo con la mano un gesto de desprecio. Después, en voz alta, de modo que le oyeran todos los circunstantes, dijo:

— Amigo mío, si tienes que presentarme alguna súplica, ve mañana por la mañana á mi casa, en el Esquilino. Después del baño, acostumbro recibir las visitas y á los clientes.

Haciendo una seña á los esclavos, éstos levantaron la litera. Los batidores de las túnicas amarillas, agitando los bastones, gritaron otra vez:

— ¡Paso al noble Quilón Quilónides! ¡Paso, paso!

Licia se había despedido de Vinicio en una carta escrita con precipitación. Sabía que nadie podría entrar en la cárcel y que no volvería á verle como no fuera en el Anfiteatro. Le suplicaba que se enterase de cuando había de tocarle el turno á la cárcel Mamertina y que asistiese al espectáculo para que le pudiese ver una vez más en la vida. Ni una sombra de temor se traslucía de sus palabras. Añadía que así para ella como para los demás cristianos el día del martirio sería el de la liberación. Esperaba también que allí volvería á ver á Pomponia y á Aulo, y encargaba á Vinicio les suplicase que no faltaran. En todo el escrito se reflejaba el éxtasis que la invadía y aquel cansancio de toda cosa terrena, común á todos los prisioneros, que ya no contemplaban más que una vida futura, llena de encantos y de felicidad.

«Todo me es igual, decía, ya sea que Cristo me libre durante esta vida, ó que esto no pueda suceder más que con mi muerte. Él me ha concedido á ti por boca del apóstol, y por esto soy tuya.» Le recomendaba además que no se desalentara por causa suya, y especialmente que no se dejara vencer por el dolor. La muerte no la desligaba de la promesa. Con la confianza de un niño, aseguraba á Vinicio que apenas terminase su martirio en el Anfiteatro, no dejaría de advertir á Cristo que Marco Vinicio, su amado, que se había quedado en Roma, anhelaba ardientemente reunirse con ella. Y seguramente Cristo — así pensaba Licia — permitiría á su alma volver un instante á su lado para hacerle partícipe de su felicidad. Y seguía el escrito, animado de las más dulces esperanzas. Sólo había un ruego en que se encerraba la única preocupación terrena: Vinicio debía sacar sus restos mortales del *Spoliarium* y enterrarlos, como si hubiese sido ya su esposa, en el mismo lugar en que él había de reposar un día.

Vinicio leyó toda la carta con inmenso y ardiente dolor; pero al mismo tiempo le parecía imposible que Licia hubiese de perecer entre las garras de las fieras y que Cristo no tuviese piedad de ella. Sólo en Él esperaba, sólo en Él confiaba. Cuando llegó á casa, escribió que no dejaría de presentarse todos los días ante los muros del Tuliano para aguardar allí el momento en que, por voluntad de Cristo, se derrumbasen, dejando libre á su Licia. Le ordenaba además que creyese y esperase, pues el apóstol no faltaría á sus promesas. El centurión convertido le llevaría personalmente la carta al día siguiente.

Cuando Vinicio se trasladó de madrugada á la cárcel, el centurión, abandonando su puesto, se le acercó para decirle:

— ¡Escúchame, señor! Cristo, que te iluminó, te ha concedido una gracia. La noche pasada algunos libertos de César entraron en las cárceles para ultrajar á las vírgenes cristianas. Pidieron, entre otras, á tu esposa; pero Nuestro Señor se dignó enviarle una fiebre altísima y por este motivo no se cuidaron más de ella. Anoche

estaba sin conocimiento. ¡Sea alabado el nombre del Salvador, pues el mal que la salvó de la deshonra puede preservarla de la muerte!

Vinicio tuvo que apoyarse en el hombro del soldado para no caer en tierra. Éste continuó:

— ¡Demos gracias á la misericordia divina! Aquellos se apoderaron de Lino y le martirizaron; pero viéndole próximo á morir, lo abandonaron. Ahora podrás ver á Licia otra vez y Cristo le devolverá la salud.

El joven tribuno permaneció pensativo largo rato; después, levantando la cabeza, dijo en voz baja:

— Esto es muy justo, centurión. Cristo que la libró de la deshonra, la librará también de la muerte.

Permaneció hasta la noche en las inmediaciones de la cárcel y luego regresó á casa, enviando algunos de sus esclavos en busca de Lino para conducirlo á una de sus quintas, cerca de Roma.

Petronio, enterado de todo esto, decidió poner en práctica sus planes. Después de haber visitado á la Augusta sin resultado, volvió por segunda vez. Hallábase junto al lecho del pequeño Rufo, que gemía febrilmente, con el cráneo destrozado. La madre, llorando desesperada, probaba todos los medios para salvar aquella existencia tan querida.

Absorta en su inmenso dolor, no quería oír hablar de Licia y de Vinicio; pero Petronio le insinuó esta amenaza:

— Tú has ofendido á una nueva divinidad desconocida. Según se dice, tú eres, ¡oh Augusta!, adoradora de Jehová; pero los cristianos afirman que su Cristo es hijo de aquél. Piensa, pues, en la ira con que puede perseguirte el padre. ¡Quizá te amenaza su venganza! ¿Quién sabe si la vida del pequeño Rufo no depende de tus acciones?

— ¿Qué querías que hiciese?, preguntó Pomponia aterrorizada.

— Procura calmar á la divinidad ofendida.

— ¿De qué modo?

— Licia está enferma; usa de tu influencia sobre César y Tigelino para entregársela á Vinicio.

— ¿Y crees que con esto lograría?..

— Podrías hacer algo más. Si Licia sana, será para morir. Llégate, pues, al templo de Vesta y ruega á la *Virgo magna* que se halle junto al Tuliano cuando lleven á morir á los prisioneros y que ordene la libertad de Licia. La gran sacerdotisa no se atreverá á desatender tus ruegos.

— ¿Y si Licia sucumbe por la fiebre?

— Los cristianos afirman que Cristo es vengador, pero justo. Puede suceder por lo tanto que tu deseo baste á aplacarlo.

— Haz, pues, que me demuestre que quiere sanar á Rufo.

Petronio se encogió de hombros.

— Yo no he venido como mensajero suyo, divina; yo te digo únicamente: procura ponerte en mejores relaciones con los dioses, así romanos como extranjeros.

— ¡Lo intentaré!, dijo Popea con voz entrecortada por la emoción.

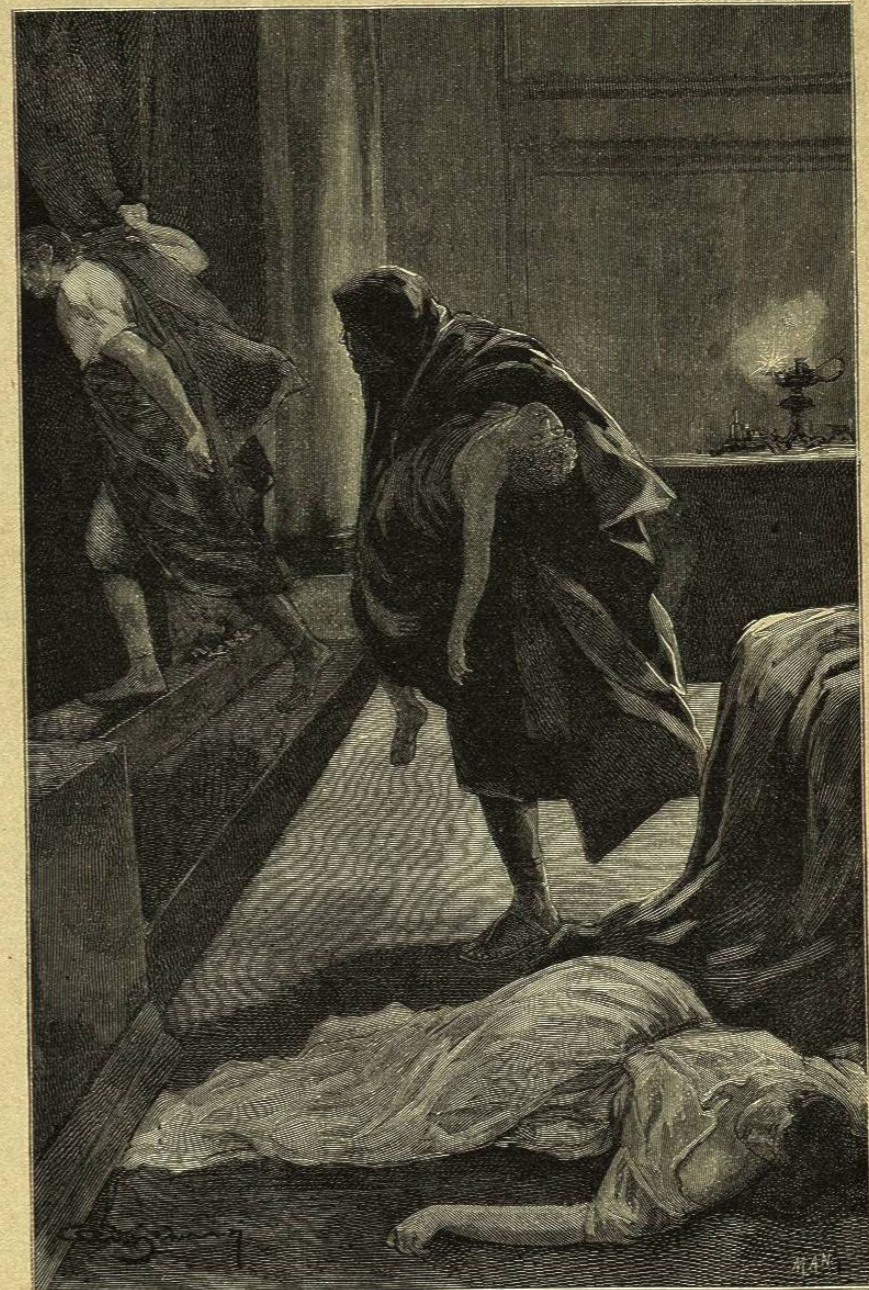
Petronio respiró con libertad.

«Puede ser que no haya hablado en vano,» pensó. A su regreso, dijo á Vinicio:

— Ruega á tu Dios que Licia no muera de fiebre, porque si cura, la primera vestal ordenará su liberación. La misma Augusta le pedirá este favor.

— Cristo la librará, contestó Vinicio con los ojos relucientes de gozo.

Popea, que por la curación de Rufo se sentía dispuesta á ofrecer sacrificios á



Los dos sicarios envolvieron en un lienzo el mísero cuerpecito

todos los dioses del mundo, fué aquella misma noche á ver á las vestales, confiando el cuidado del niño enfermo á la fiel Silvia, la antigua nodriza que le había criado.

Pero en el Palatino la muerte del pobre niño era cosa decidida. Apenas la litera de Popea salió de palacio, dos libertos entraron en la estancia del enfermo. Uno de ellos se precipitó sobre la vieja, atándola fuertemente; el otro, cogiendo una estatua de bronce que figuraba una esfinge, le asestó con ella un golpe en la cabeza para aturdirla.

Después se acercaron á Rufo. El niño, inconsciente, calenturiento, no comprendiendo nada de lo que ocurría á su alrededor, les sonrió, mirándolos con sus hermosos ojos centelleantes, como tratando de reconocerlos. Pero ellos, arrancando la faja que llevaba la nodriza, ahogaron con ella á la infeliz criatura, que invocó en un suspiro á su madre por última vez, y expiró. Los dos sicarios envolvieron en un lienzo el mísero cuerpecito, salieron, montaron los caballos que les aguardaban y galoparon hasta llegar á Ostia, donde se libraron de su enojosa carga, arrojándola al mar.

Popea, no habiendo encontrado á la *Virgo magna*, porque con las otras vestales estaba en casa de Vatinio, regresó muy pronto. A la vista del lecho vacío y de la vieja, tendida en el suelo, inmóvil, cayó desvanecida; y cuando se logró, después de muchas fatigas, hacerla volver en sí, su dolor se desfogó en gritos salvajes que no cesaron en toda la noche ni al siguiente día.

Al tercero, después de su desventura, tuvo que asistir á un banquete por orden de César. Vestida con una túnica de color amatista, con sus cabellos de oro, su bellissimo rostro petrificado, magnífica en su dolor, pareció á todos extraña y fatal como el ángel de la muerte.

LV

Antes de la construcción del famoso coliseo de Flavio, los anfiteatros romanos eran en su mayor parte de madera, razón por la cual el fuego los había destruído todos. Para celebrar los espectáculos prometidos, Nerón mandó construir algunos nuevos, y entre ellos uno gigantesco. En cuanto quedó dominado por completo el incendio, empezaron á llegar del Atlas, por mar y por el río, infinitos troncos de árboles. Los espectáculos debían superar por su esplendor y por el número de víctimas á todos los precedentes.

Miles de operarios trabajaban día y noche en aquellas construcciones. Se contaban maravillas de las columnas taraceadas de bronce, de ámbar, de marfil, de madreperla y de concha finísima. A lo largo de las gradas canales de agua helada esparcían una agradable frescura durante los fuertes calores del estío. Un enorme velario purpúreo protegía contra los rayos del sol á todos los espectadores. Entre las filas de asientos se habían colocado recipientes donde se quemarían deliciosos perfumes orientales, y sobre los bancos surtidores de aceites olorosos. Los célebres arquitectos Severo y Célero rivalizaban en celo y habilidad para erigir un anfiteatro capaz para un número de espectadores como nunca se hubiera podido imaginar hasta entonces.

El día en que debía celebrarse el primer espectáculo matutino la inmensa muchedumbre se agolpaba á las puertas del Anfiteatro desde el amanecer, escuchando con infinita complacencia el rugido de los leones y los roncros alaridos de las pauteras y de los perros. Hacía dos días que los animales estaban en ayunas, y para incitarles más se les ponían á la vista, fuera de las jaulas, pedazos de carne sangui-nolenta. A veces los rugidos y alaridos se oían en un coro continuo tan espantoso y salvaje, que la gente no percibía otros sonidos, y hasta los menos sensibles pali-decían de terror.

Al despuntar el día, de las prisiones del Circo llegaban los ecos de los himnos cantados por voces enérgicas, tranquilas y seguras. El pueblo escuchaba atónito, exclamando: «¡Los cristianos, los cristianos!» La noche antes buen número de ellos había sido trasladado al Anfiteatro, pero no desde una sola cárcel, sino unos cuantos de cada una. La muchedumbre sabía que los espectáculos podrían durar semanas y meses. Se dudaba de que en un solo día pudiesen morir los destinados á ser las primeras víctimas. Las voces de hombres, mujeres y niños que resonaban en los coros eran tan nutridas, que el público experto afirmaba que todos no serían devorados aquel día, y eso sin contar con que las fieras quedarían ahitas mucho antes de que la noche tendiera su negro manto sobre la ciudad. Otros observaban que un número excesivo de víctimas no serviría más que para distraer la atención sin aumentar los atractivos del espectáculo, antes bien perjudicando á su efecto.

A medida que se acercaba el momento en que habían de abrirse las puertas del